

# ***BIBLIOGRAFICAS***

## RE-LECTURA DEL "GUZMAN" DE DIAZ SANCHEZ

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Se han recordado recientemente los diez años de la muerte de uno de los escritores mayores que ha producido Venezuela en esta centuria: Ramón Díaz Sánchez (1903-1968). Es momento para repasar sus obras. Entre sus libros habrá siempre que reparar en *Guzmán: elipse de una ambición de poder* (6ª ed. Caracas: Ed. Mediterráneo, 1975. 2 vols.) el cual es sin duda su trabajo más importante en el campo historiográfico. El *Guzmán*... a los veinte y ocho años de su primera edición (1950) sigue conservando todo su interés, toda su frescura y el lector se deja llevar a través de los vericuetos de la vida de los dos Guzmanes —el padre Antonio Leocadio, el hijo Antonio Guzmán Blanco— y ya haciendo luz y comprendiendo el intrincado panorama de la vida republicana de Venezuela a través de casi un siglo.

Díaz Sánchez se propuso al escribir este libro "intentar una interpretación espiritual y moral de la vida de nuestro pueblo" (t. I, p. 10) y para ello escogió la figura de Antonio Leocadio Guzmán (1801-1884). Díaz Sánchez tomó el camino de la biografía pues era éste el género que mejor se prestaba para lo que pensó hacer al escribir su *Guzmán*... Díaz Sánchez no pensó realizar una historia de Venezuela a través de un personaje sino iluminar el fenómeno político desde todas sus aristas y desde una perspectiva que le permitiera mirar el cuerpo de la nación y al personaje elegido a su vez. Por ello optó por una biografía la cual le permitió mirar por dentro al viejo Guzmán y realizar el bosquejo psicológico integral.

Creía Díaz Sánchez que el país necesitaba comprender la significación de la vida del viejo Guzmán —cuya sombra y cuya acción se proyectaron de forma tan intensa en nuestro siglo XIX ya que no hubo otro agitador con quien compararle. Intentó Díaz Sánchez penetrar en el sentido de lo que es una ambición de poder. Quiso preguntarse en torno al perfil de quien se dedica a la aventura política. Quería ver al político en medio de su acción, comprender sus veleidades, iluminar su audacia y examinarlo con ojos políticos la cual es la única forma de poder comprender su actividad.

Al releer ahora el *Guzmán*... al crítico se le presentan varios caminos interpretativos. Son las líneas de comprensión que el propio Díaz Sánchez va señalando. Una lectura del *Guzmán*... , quizá la más superficial, sería aquella en la cual sólo se siguiera, a través de la prosa de Díaz Sánchez, la peripecia de Antonio Leocadio Guzmán. Otra forma de examinar el libro sería observándolo desde este punto de vista: siguiendo la aventura del país, que comienza a andar solo a partir de 1830. Díaz Sánchez propone aquí una serie de formas de ver lo que sucede. Y el valor de

muchas de sus acotaciones estriba en el hecho de que reconstruye la vida del país a través de los documentos pero también nos hace comprender una serie de hechos que no están en los papeles que hablan de nuestro pasado sino en la evolución misma de Venezuela y él los observa con la intuición, con la agudeza de pensador que siempre poseyó. Estos últimos son más bien los *signos* de la vida del país, lo que no se dice, lo que más bien se calla, lo que transcurre en el interior de los hombres, aquello que podríamos denominar nuestra historia secreta, de la cual no puede alejarse el intérprete so pena de no comprender a fondo los procesos que intenta explicar.

Esta forma de analizar el *Guzmán* . . . nos llevaría simultáneamente a enfrentarnos al personaje y a los sucesos en los cuales siempre —de una forma o de otra, desde el gobierno o desde la oposición, tendrá participación activa.

Lo primero en lo que se interesa Díaz Sánchez es en el bosquejo psicológico de Antonio Leocadio Guzmán. Anota que desde muy joven para él “sólo hay una devoción: la de la política” (t. I, p. 65), fue así que fue surgiendo su vocación de conductor popular. Guzmán fue siempre audaz, sinuoso, resuelto a la acción, valiente en muchas ocasiones. Siempre supo oler las situaciones que le rodeaban y supo escuchar, calcular, callar. Estuvo siempre atento a las oportunidades pues no tuvo otra meta que su camino hacia el poder y todo lo sacrificó a ello pues como político sabía que ese era su camino. Por ello hay que anotar también que el viejo Guzmán ha sido de los mayores maquiavélicos que ha producido nuestro país —pero si se entiende rectamente el ideario del pensador florentino—. Por ello siempre supo que “quien siembra recoge” (t. I, p. 127) como anota Díaz Sánchez y pudo lograr ciertas realizaciones prácticas porque —muy maquiavélicamente— su sentido de la política siempre estuvo “divorciado de cuanto huelva a romanticismo” (t. I, p. 158) como escribe Díaz Sánchez.

Más arriba propusimos algunos puntos de vista para una re-lectura de la obra principal de Ramón Díaz Sánchez *Guzmán: elipse de una ambición de poder*. Nos fijamos primero en las notas que definieron la vocación que por la política poseyó Antonio Leocadio Guzmán y asimismo reparamos en la honda huella que dejó en el devenir venezolano.

Pero siempre hemos pensado que mucha gente sigue haciéndose numerosas preguntas sobre el político caraqueño pues siempre que se leen sus escritos o se repasa alguna historia de la pasada centuria se encuentra el lector ante una selva de interpretaciones que no le permiten siempre hacer luz. ¿Cuál es la médula del controvertido político?, se habrá preguntado más de uno. Tienen razón quienes así lo han hecho. Pero la respuesta a sus interrogantes la encontrarán en el *Guzmán* . . . pues allí están consignados los elementos para el juicio que muchos inquierien.

No queda duda que Antonio Leocadio Guzmán fue la personalidad política más interesante de nuestro siglo XIX. Al lado de él estuvo un pensador de la talla de Tomás Lander (1792-1845) pero fue él con su pasión pero, también, con sus intuiciones e instintos quien logró darle cauce al proceso social que él intuyó como el verdadero. Y tuvo razón. Basado en sus propias condiciones humanas —mal hablado, intrigante pero a la vez generoso, audaz, con gusto por el dinero y por las mujeres— fue trazando claramente su sendero vital. Claro está que Antonio Leocadio Guzmán no siempre acertó. Pero como agitador provocó una revolución social intensa, pero cuando estuvo en el poder —es justo reconocerlo— no puso

en práctica sus ideas —ni en aquella época en la cual llegó a ser Vice Presidente de la República, durante el gobierno de José Tadeo Monagas—.

Escribe Díaz Sánchez “Siempre queda en la mente de quien juzga a Guzmán esta inquietante interrogación: ¿hasta qué punto es sincero este hombre?” (t. I, p. 108). Y ésta es una de las bases en las cuales hay que fundamentarse para lograr interpretar su personalidad. Y esto porque en muchos momentos no se sabe exactamente qué mueve a Guzmán: ¿una creencia plena en la búsqueda del poder para beneficiar a las grandes mayorías? ¿O más bien el poder por el poder? Y esto es particularmente gráfico cuando se repara en el momento clave de toda su trayectoria política: 1846.

Desde 1823 —cuando terminados sus estudios en España regresa Guzmán al lar nativo— se comienza a mover entre el círculo anti-colombiano. En esa época será luego pro bolivariano —y llegará a ser secretario de Bolívar en el Perú—. Pero de la misma forma dará la espalda al Libertador y será anti-reinoso de nuevo. ¿Y esto por qué? porque con agudeza huele que la hora de Bolívar fenece y se une al grupo paecista logrando ser nombrado Secretario del Interior —primer Ministro— en 1830. Durante años proyectará su figura como hombre de gobierno y dejará expresado su pensamiento sobre el país en las *Memorias* que él mismo redacta, cada año, para ser presentadas ante el Congreso. Pero también va Guzmán comprendiendo lo que sucede a su alrededor, la necesidad de un partido para motorizar sus ideas. Sus veleidades son inexplicables a veces, como su tortuosa actitud cuando el golpe contra el sabio Vargas —de quien era Ministro—. Poco a poco se da cuenta que necesita un amplio campo de acción. Ha dejado de ser Ministro por los manejos de un hombre a quien odia: Angel Quintero. Es el momento para la fundación del “Partido liberal” y es la fecha de aparición del vocero que él mismo redacta *El Venezolano*. Estamos en 1840. La campaña de difusión de ideas por él encabezada llega hasta el pueblo y produce la adhesión. El país vivía una aguda crisis económica agravada por la ley de libertad de contratos de 1834. Guzmán sabe que esa es su hora. En 1845 logra el primer triunfo en las elecciones municipales caraqueñas. Pero de repente *El Venezolano* deja de aparecer —en su entrega n/ 278—. Guzmán calla. ¿Qué quiere? ¿Qué busca? Nadie lo sabe. Intenta una conciliación con el gobierno. El Presidente es Carlos Soublette —uno de los hombres que más odia nuestro caudillo—. El intento de conversaciones con el gobierno fracasa. Y el gobierno saca la cara para evitar perder las elecciones ante el abrumador apoyo popular que respalda a Guzmán. Cuando fracasa su intento de entendimiento Guzmán está en La Victoria —y a su lado lo observa callado su hijo Antonio—. Ante el fracaso de su intento sus partidarios proponen a Guzmán el camino de la insurgencia armada. Guzmán no se atreve. Calla. Se esconde. Fue el momento clave de su vida. Ese día estaba ante sí el sendero del poder o el fin de su ambición por él mismo. Guzmán aquella mañana se da cuenta de lo que ha producido con su prédica desde *El Venezolano*: una honda conmoción social, pero no se atreve a conducirla. Vacila. Se asusta con lo que ha creado su palabra (t. I, p. 216). Su actitud es incoherente. Quizá no quiso crear aquello —piensa sin duda—. Sus hombres lo empujan hacia la acción pero él era un caudillo civil. Desaparece. Pero ese día comprende cuál es el antagonismo psíquico —al decir de Díaz Sánchez (t. II, p. 106)— que lo separa de su hijo. El padre cree en la tradición

civil. El hijo se da cuenta que sólo el camino armado es el que le conducirá al poder y así Antonio Guzmán Blanco logra ser la "rectificación de su padre". (t. II, p. 228).

La historia de Antonio Leocadio Guzmán narrada en la obra de Díaz Sánchez sigue siendo aleccionadora si se la sabe proyectar hacia el futuro. Lo cual es el único sentido que tiene el estudio de la historia: ella nos hace comprender el pasado para que podamos mirar con mayor claridad el futuro. Y la lección del viejo Guzmán no es otra que esta: si un político promete o produce una revuelta social está obligado a motorizarla si no sabe conducirla ella lo desbordará como le sucedió a Guzmán. Y en el fondo las consecuencias las sufren los pueblos, por ello los políticos tienen la obligación de hacerse respetables por la verdad de sus palabras.

Oslo, Noruega/  
Estocolmo, Suecia  
Otoño/1978.

## LIBROS QUE NOS ENRIQUECEN

Por ANTONIO TOVAR

Este escritor sensible,<sup>1</sup> en perpetua vela, que escucha generosamente la voz del dolor y de la justicia, y que descifra con entusiasmo las revelaciones de la inteligencia de otros humanos, o las llamadas de los poetas capaces de elevarnos, ha coleccionado trabajos que viajes, lecturas o presencias le inspiran. He aquí la tercera serie de ellos.

Es un acierto tipográfico que estos artículos sobre temas dispares se continúen sin blancos en las páginas. La celosa inquietud del autor se comunica así a su lector, sin dejarle respiro ni calma, pues en este mundo, a una y otra orilla del océano, hay mucho que saber, mucho que arreglar, y sobre todo muchos hombres (emigrantes, poetas, filósofos, víctimas, desterrados, hasta leprosos que hacen conmovedores versos de amor, como el poeta venezolano Cruz María Salmerón Acosta) a los que admirar, amar, compadecer, ayudar, estudiar.

José Manuel Castañón brilla dejando fluir la corriente cordial e identificándose con las gentes más diversas; con los amigos venezolanos que combinan su fe católica con la creencia en la ubicuidad del espíritu y escuchan en la noche los consejos médicos del doctor que llega de Australia por el éter: con los amigos jóvenes y viejos de Oviedo, los que vivieron los dolores de la guerra civil y los que han venido después y se asoman al presente, después de la liquidación, con la desaparición de Franco, de la larga pesadilla: con las gentes de una y otra orilla; con los poetas admirados y en cada momento presentes y maestros suyos: César Vallejo, en su inquietante revelación, y Juan Larrea, en sus saberes crípticos. Y así es Castañón uno de los testigos más felices de esa realidad agitada e inquietante que es el mundo

1. JOSÉ MANUEL CASTAÑÓN. *Entre orillas, registros testimoniales*. Tercera serie. Casuz Editores, S.R.L., Caracas - Madrid, 1978.